



PROVINTIA

Eduardo Leonelli

PROVINTIA



Primera edición: marzo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eduardo Leonelli

ISBN: 979-13-87612-72-6

ISBN digital: 979-13-87612-73-3

Depósito legal: M-6607-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi hermana Laura,
siempre tan sagaz y pertinaz;*

Prólogo

El Ministerio de Cultura de Dordania se complace en colaborar con la difusión de su historia en forma de novelas. Dordania es un longevo país situado en los Balcanes, a orillas del mar Adriático.

Como todos los países de Europa, su historia es rica e interesante. El propósito de estas narraciones es que los lectores del mundo tomen conciencia de los grandes acontecimientos ocurridos en nuestro país, y así contribuyan a su entendimiento de la historia de Europa e historia universal.

En este tomo nos veremos inmersos en los inicios de la civilización en nuestro territorio, en las rivalidades de las antiguas ciudades-Estado griegas, el decadente Reino de Macedonia y la moderna República de Roma. Personajes históricos y ficticios se entremezclarán para dar forma al primero de los momentos más importantes de la cronología.

En esta novela partimos de Ancorion, la ciudad helena que, con el tiempo, forjará el destino de Dordania, configurando la nación que somos actualmente.

Damos las gracias a los editores de todo el mundo, así como a nuestra red de consulados y embajadas que han contribuido a la difusión de esta saga de novelas, y por el trabajo que hacen dando a conocer la historia nacional de un pueblo que bien merece su reconocimiento.

No dude en informarse sobre Dordania, su cultura y sus posibilidades turísticas en las respectivas webs del Ministerio de Turismo y los diferentes operadores que ofrecen *tours* por el país.



I

Ancorion, ciudad belena de la costa del Adriático sur.

Finales de abril del año 180 antes de Jesucristo

Esperaba su momento, de pie, con la barbilla alta, mostrando todo su orgullo. Estaba a punto de hacerse justicia, estaba a un solo paso de suprimir las antiguas leyes de su ciudad, que tanto perjudicaban al progreso.

Conocía su ciudad, la bella Ancorion, conocía personalmente a cientos de ciudadanos, a cientos de metecos, confiaban en él. Poco más de trescientos viejos terratenientes gobernaban la gran urbe, que contaba en su totalidad con casi quince mil ciudadanos en una población de casi ciento cincuenta mil habitantes. Recorrió mentalmente sus calles, cerró los ojos y se imaginó entrando en la ciudad por la Puerta de Apolonia, dirigiéndose por la vía de Aquiles para llegar a la plaza de la Fuente; una vez allí, saludó al panadero Aristófanes, el mejor de la ciudad. Continuó hacia el ágora, donde se detuvo a saludar a artesanos como el tallista Eumenes. Luego salió por la Puerta del Mar, cruzando las murallas, dirigiéndose al puerto. Se imaginó el puerto, todos los pescadores y transportistas saludándole. «Voy a mejorar sus vidas», pensó complacido. Caminó en su mente por las tiendecillas de las dársenas, habló con los marineros. Regresó al ágora por la Puerta del Mar, pero esta vez giró a la izquierda y comenzó su camino hacia la acrópolis, dejando abajo la ciudad, subiendo por un camino tallado entre los po-

derosos peñascos por los antepasados. Cada vez la visión ofrecía unas vistas mejores; pudo ver la ciudad desde arriba, el puerto, el inmenso mar. Antes de entrar en el recinto, miró peñasco abajo para observar el teatro, el hermoso teatro de Dionisio que utilizaba la ladera de la montaña para las gradas y para mejorar la acústica. Hipócrates recordó el último espectáculo de este, muy armonioso. Al entrar en la acrópolis, lo primero que se encontró era el Ateneion, donde se imaginó a los ancianos, los que estaba a punto de visitar, murmurando contra él. Pero pasó de largo hacia el templo de Afrodita, viendo a lo lejos el santuario de Atenea. En su conjunto, aquella acrópolis no era tan suntuosa como la de Atenas o Pérgamo, pero era envidiable. Ancorion, la ciudad helena más al norte del Adriático, por encima del estrecho con Italia. Colonia de Corintio, fundada hacía ya siglos por hambrientos emigrantes de Grecia, se situaba a los pies de Hipócrates, en ambos sentidos, el figurado y el literal, pues desde ahí arriba no parecía de otro modo.

—La Apella¹ le espera, Hipócrates.

La voz de uno de los estrategos reanimó a Hipócrates de su paseo mental por la que pronto sería su ciudad, ese era su momento, había esperado mucho.

Entró en la gran sala con solemnidad y algo de arrogancia, allí estaban todos sus enemigos, no faltaba ni uno solo. Les miró con orgullo, conteniendo su rabia. Sabían lo que estaba pasando fuera, sabían que no tendrían opción. Aun así, los obcecados ancianos del consejo permitieron que Hipócrates realizase su golpe de Estado según el protocolo de las más antiguas y sagradas leyes de la ciudad.

Le anunciaron debidamente:

—Hipócrates el Joven, hijo de Hipócrates el Viejo, a petición de la asamblea de ciudadanos, comparece ante la Apella, el consejo de sabios, reunido aquí, en el Ateneion, lugar de creación de nuestra ciudad por nuestra diosa benefactora, Atenea.

Hipócrates se encaminó al centro de la sala con solemnidad. Muchos allí le hubiesen asesinado con sus propias manos, pues

¹ Apella: Consejo de ancianos, normalmente reunidos en el edificio del Ateneion.

representaba una seria amenaza para sus privilegios, acumulados durante generaciones. No le agredieron únicamente por un motivo, los cientos, o miles, de ciudadanos y metecos que se habían congregado en el ágora para apoyar su propuesta.

—¡Traidor! —gritó alguien, en el fondo, alzando el puño.

Pero Hipócrates no se detuvo, avanzó hasta el mismo centro de la sala, se aclaró la garganta y pronunció solemnemente:

—Ancianos ancorienses, nobles líderes y terratenientes, vengo por voluntad de la asamblea de ciudadanos, en representación de todo el pueblo de Ancorion para hacerlos una humilde petición. Como todos ustedes saben, las oligarquías ya no funcionan, toda Grecia está en decadencia por culpa de esa práctica nefasta y anticuada.

—¡Ingrato! ¡Te has vendido al populacho!

—¡Falso, más que falso!

Algunos ancianos lanzaban esa clase de improperios a Hipócrates, que tan solo callaba y sonreía maliciosamente, sabía cómo se desarrollarían los acontecimientos venideros.

—No ven ustedes que estoy aquí para negociar. Esto se puede convertir en un baño de sangre como en otras ciudades, ¿no se dan cuenta?

Un murmullo receloso se levantó en toda la sala. Hipócrates les dejó hablar un rato entre ellos mientras les observaba, ahora ya serio. Luego añadió:

—Soy el futuro. No pueden negarlo. Los ilirios eligieron hace meses a su nuevo rey; como ya saben, representa una amenaza. Por no hablar de los dárdanos, que acechan nuestra área de influencia desde el este, y los dálmatas... Este consejo ya no rige de manera eficaz el destino de nuestra querida ciudad. Como en el resto del mundo, Ancorion necesita un cambio. Nos debemos a nuestro pueblo y a su seguridad y este consejo ya no puede hacerlo.

—¡Mentira! Desde hace siglos, la Apella, este sagrado consejo de ancianos, ha gobernado esta ciudad, ¿crees que vas a poder destruirlo en un momento? —añadió, indignado, uno de los más veteranos.

Se escucharon murmullos de aprobación.

—¿Yo? Yo no quiero destruirlo, pero, escuchen, señorías.

La sala se silenció e Hipócrates señaló a la puerta con dedo índice amenazante. Fuera se oían los gritos del pueblo, de los metecos y las clases bajas, rabiosas por las inmensas fortunas que amasaban los terratenientes mientras ellos pasaban hambre. Hipócrates continuó:

—Yo vengo a proponeros una cosa. Es muy simple. —Hizo una pausa, mirando a todo su alrededor, asegurándose que todos le prestaban su máxima atención—. Dadme todo el poder, dadme todo el poder y os garantizo que conservaréis vuestras propiedades y protegeré vuestra vida ante el pueblo encolerizado.

El enfado se generalizó al oír la petición de Hipócrates y muchos ancianos se levantaron, alzando el puño y soltando improperios, causando un revuelo considerable. Es entonces cuando Hipócrates lanzó su pregunta, con una voz fuerte, para hacerse oír ante el caos que se estaba formando.

—Señores, ¿no ven ustedes que es su única opción?

Este de Capua, República romana

—Lucio, arriba, a levantarse, ya es tarde. Recuerda que, seguramente, hoy llega tu padre.

Lucio se retorció en la cama unos instantes. Su madre, Flavia Sempronia Graco, abrió las cortinas de su habitación dejando pasar un fuerte haz de luz que sacudió al chico como si se tratase de un cubo de agua fría.

Era un muchacho vigoroso y guapo. Aún le faltaba algo de madurez física, pues su cara todavía reflejaba mucho del niño que había sido en su infancia, pero ya se afeitaba desde hacía años y sentía una fuerte atracción por las mujeres. De pelo negro y rizado, piel algo blanca y ojos marrones, Lucio era un patricio romano or-

gulloso de su puesto y cuna. A pesar de ser muy activo, se demostraba perezoso ante lo que no le gustaba, como en aquel momento levantarse por las mañanas.

El joven se desperezó, no tenía ganas de discutir con su madre, pero sobre todo, estaba hambriento, quería algo de comer.

Flavia miró a su hijo, le alegró ver que se levantaba de su cama enseguida, sin rechistar, no siempre era así. Él, sin decir nada, salió de la habitación y se dirigió al comedor. Su madre le siguió con la mirada. Era muy parecido a su padre. Lucio ya tenía diecisiete años, ya llevaba la toga viril desde hacía meses, aunque se estaba convirtiendo en una persona arisca, pero inteligente. El joven estudiaba a los grandes filósofos e historiadores, aprovechaba al máximo el dinero que su padre invertía en su educación. Pero era un rebelde, y su madre lo sabía, siempre buscaba su propio beneficio, apartando toda muestra de generosidad. Toda acción tenía un fin a pesar de la inmadurez del chico. «Cuánto potencial tan mal aprovechado», pensaba Flavia. Pero era su madre y sus sentimientos eran una perfecta mezcla entre culpabilidad y esperanza. Pues si su hijo era como era, se debía a su educación.

Lucio había vivido bien, no en vano era descendiente de los Escipiones, una antigua y noble familia romana. Pero había sido educado por ella, una nueva rica, por llamarlo de alguna manera. La familia de Flavia había sido de las que se aventuraron al norte, en la Galia Cisalpina; cerca del Rubicón se habían instalado sus abuelos para explotar su agricultura. Por suerte, el negocio fue muy bien para la familia Sempronio del norte de Italia y gracias al bajo coste de los esclavos que generaron las guerras púnicas, las tierras de la familia dieron buenos rendimientos.

El marido de Flavia, Quinto Cornelio Escipión, por el contrario, era un hombre de ciudad, de la capital, un romano en toda regla. Se educó en sus primeros años en una gran casa cerca del foro. Pero en su juventud fue intemperante, haciendo caso omiso de las directrices de su familia. De él había heredado la rebeldía Lucio seguramente. Cuando era joven heredó unas tierras cerca de

Capua, unas tierras algo pobres, administradas por perversos empleados que tan solo buscaban su propio beneficio. A pesar de ser muy extensas, tan solo contaban con unos ochenta esclavos para trabajar y doce empleados para gestionarlas. Esto dio al joven una cierta independencia económica —y una gran arrogancia— que le separó de su familia varios años.

Esos años de rebelde juventud los pasó de fiesta en fiesta, gastándose todo lo que producían sus tierras y más. Incluso comenzó a endeudarse, grandes juegos, fiestas y orgías de todo tipo. En aquellos momentos, el joven Quinto solo se preocupaba de su propia satisfacción.

Durante esa época apareció Quinto un día en la villa de los Sempronio Graco del norte de Italia, donde se hospedó durante una semana a causa de unas terribles lluvias. Fue en aquellos días cuando se enamoró perdidamente de Flavia, que por aquel entonces tenía diecisiete años, cinco menos que él.

Antes de que acabase la semana, el muy embustero mintió sobre su familia y se ganó la confianza del padre de Flavia, que algo sabía del gran apellido de los Cornelio Escipión y de las ventajas que eso aportaría a su familia.

Las negociaciones para la dote fueron muy rápidas, y se casaron al cabo de unos meses en la misma villa de Flavia.

El padre de Quinto Cornelio Escipión, enfermo como estuvo durante varios años, al enterarse del matrimonio de su hijo montó en cólera, pero no tuvo más remedio que aceptarlo. Por suerte para él, Quinto no era ni su único hijo ni su primogénito. Con la dote de Flavia, que consistía en treinta esclavos y algo de oro, Quinto regresó a sus terrenos de Capua, dispuesto a dejar allí a los esclavos y a su esposa, para continuar con su divertida vida de libertinaje.

Pero no ocurrió así. Al llegar a sus tierras, tras años de abandono, se dio cuenta de la precaria situación de todo, así como del estado de la pequeña villa desde donde se administraba la finca. Su enfado fue colosal, nunca pensó que llegaría a estar tan irritado, y comenzó a comprender a su padre. Despidió a casi todos sus empleados y, de-

jando a Flavia al frente, él partió para Roma para buscar empleados especializados. En su viaje fue informado de que su padre se estaba muriendo. Dejándolo todo y sumamente arrepentido, Quinto fue lo más rápido que pudo al lugar donde yacía su padre. Llegó tarde, había muerto el día antes de su llegada. Pero ese triste evento le sirvió a Quinto para verse con todos sus hermanos (tres hermanos y dos hermanas), que, magullados por el dolor de la muerte del padre, se perdonaron y asistieron como buenos familiares.

Quinto expuso su situación ante ellos y consiguió recolectar algo de oro para paliar sus deudas. E incluso su hermano pequeño, Paulo, accedió a ayudarlo en reorganizar su finca de Capua, pues tenía amplia experiencia, había convertido la pequeñísima hacienda que le había cedido su padre en vida en un negocio muy fructífero cuyos vinos llegaban ya a las calles de la misma Roma.

Apenado por un lado pero alegre de reorientar su vida por otro, Quinto regresó a su finca de Capua con su hermano Paulo y cuatro especialistas en cultivo y agricultura. Fueron los años más difíciles de Quinto, pues su hermano Paulo le hacía trabajar como nunca había hecho. Supervisar obras, construir puentes, caminos, regadíos. Hubo muchas disputas y riñas al principio, pero Paulo siempre utilizaba a su padre como argumento y Quinto desistía y accedía a todo lo que Paulo requería. Tres años seguidos de obras sin ganar un solo denario. Según las advertencias de Paulo, se gastó todo en la construcción y plantación. Trajeron incluso unas cepas de viña carísimas desde la isla de Naxos. A pesar de sus constantes disputas con Paulo —que era muy religioso—, Quinto se acostumbró al trabajo, culpándose de todos los años de inactividad y tiempos ociosos.

Pero por fin llegó el día y la hacienda comenzó a dar beneficios. Los olivos, aún pequeños, dieron buena oliva para el aceite, las viñas también, y los árboles frutales crecían a buen ritmo gracias al regadío y a la buena administración.

Fue en ese momento cuando Flavia se quedó embarazada. Paulo permaneció con ellos hasta el nacimiento del bebé, que trajo

consigo grandes complicaciones para Flavia. Los problemas del parto conllevaron que Flavia no pudiera volver a dar a luz. Esto supuso una tremenda decepción en Quinto, pues siempre había deseado tener una familia grande. Afortunadamente, su disgusto no trajo consecuencias sentimentales hacia su esposa, que crio a Lucio con mucho esmero, mientras se construía una villa con los beneficios de las tierras. La construcción de la mansión concluyó cuando Lucio tenía ya siete años. Quinto comenzó a ser respetado en Roma a medida que llegaban ánforas de su vino y aceite de sus almazaras.

El buen funcionamiento de la finca y otra guerra púnica hicieron que varios cientos de esclavos fuesen adquiridos por Quinto durante los años siguientes, ampliando así el rendimiento y la producción.

Cuando Lucio cumplió los 17 años, la hacienda familiar contaba con más de quinientos esclavos y era dueña de nuevos terrenos ubicados algo más al oeste de las que ya tenían, muy cerca del mar. Quinto había conseguido hábiles administradores que supervisaba continuamente, pero los últimos años se pasaba el tiempo yendo y viniendo de Roma u Ostia, pues comenzó con la exportación de los productos de su finca a nuevos territorios de la República, en concreto, a Acacia y a Hispania.

Lucio ya había nacido cuando la situación financiera de su familia estaba más que solucionada, y el dinero siempre le había sobrado a pesar de las restricciones de su padre, un hombre al que temía y admiraba, y envidiaba por haber podido disfrutar esos años ociosos que él tanto desearía. Lucio desobedecía a escondidas las normas que dictaba su padre y aprovechaba sus ausencias para sus travesuras. Flavia a veces se enteraba o hacía oídos sordos, quería a su hijo y a menudo le mimaba demasiado.

Como cada mañana, Lucio tenía clases de oratoria, historia, filosofía y otras artes necesarias con Parménides, el esclavo más caro que había adquirido su padre, tutor académico de Lucio y ya amigo de la familia. Parménides era un buen hombre, contaba con sus

sesenta años. Era de Siracusa, uno de los agitadores en la última guerra púnica. Siracusa se había aliado con Cartago ante su oferta de procurarles toda la isla si derrotaban a Roma. Esa insurrección le había costado la libertad, pero no la vida. En Siracusa había sido discípulo de Arquímedes, y había continuado su educación, tras la caída de Siracusa, bajo la protección de algunos patricios, sirviendo de tutor de sus vástagos. Hacía siete años que servía para los Cornelio Escipión de Capua. Lucio había aprendido mucho de él, en especial las aventuras de Jenofonte, eran sus favoritas. Otra de sus pasiones eran las acrópolis, siempre estaba preguntando a su maestro sobre ellas y siempre estaba dibujando montañas y rellenándolas de majestuosos palacios, enormes templos; incluso en alguna ocasión, junto con su maestro, había reconstruido en barro la acrópolis de Atenas.

Esa mañana, como cada día, le tocaba asistir a las clases de Parménides. No tenía especial interés, pues era parte de una triste rutina, pero asistió sin reproches de todos modos.

—Buenos días, Lucio —saludó el viejo, sonriente.

—Buenos días —contestó Lucio—. ¿Qué haremos hoy?

El erudito se rascó la barba y sonrió:

—Matemáticas.

No era un mal tema. Además, Parménides lo explicaba todo con sumo entusiasmo.

Ancorion

Perséfone, la protegida de Ares, esperaba con su madre el regreso de su padre del consejo de ancianos. Su madre estaba muy preocupada, siempre había desalentado a su marido Hipócrates de meterse en política. No era un buen negocio. Ser tirano significaba mucho reconocimiento popular, pero también era muy peligroso.

Ambas escuchaban el clamor del pueblo, vivían cerca del ágora, junto la Puerta del Mar. La madre cocinó algo de pan de cebada mientras Perséfone la ayudaba sin decir nada. Cuando el griterío del pueblo se levantaba, ambas se miraban, temerosas de que su familiar hubiese sido víctima del odio de la cámara alta de los ancianos.

La madre terminó lo que había estado cocinando y preparó la mesa para comer, pero no se dijeron nada.

El clamor del populacho se elevó de repente, gritando sin parar. ¿Debían salir? Le preguntó Perséfone a su madre con la mirada. Pero por su expresión, la madre le quitó esa idea de la cabeza.

El griterío se convirtió en vítores de ovación, y con alegría, Perséfone se asomó a la ventana, si el pueblo gritaba de júbilo era porque por fin se había hecho justicia contra los terratenientes.

La madre de Perséfone tenía instrucciones de su marido de no abrir la puerta a nadie hasta que él llegase. Y así fue. El griterío abandonó el ágora y se dirigió, callejeando, a la casa donde residía Hipócrates y su familia.

El padre abrió la puerta de su casa y entró en ella, dejando a la gente fuera, lanzando vítores sin parar. Su esposa se lanzó a sus brazos y comenzó a llorar. Sin decir nada, Hipócrates la abrazó y le hizo una seña a Perséfone para que se acercase. La familia entera, de tres miembros, se sumió en un cariñoso abrazo tras el cual el padre habló por fin.

—Cariño, hija, la Apella ha sido disuelta. Ancorion, por fin, es una justa tiranía que vela por el pueblo. Voy a crear el régimen más justo de toda la Hélade.

La madre lloró aún más fuerte y Perséfone abrazó a su padre, sin entender completamente lo que eso podía significar.

Este de Capua, República romana

Flavia Sempronía Graco era una mujer atractiva, había engordado bastante durante los últimos años, pero se sentía feliz con su vida y con su madurez. Su gran disgusto era no haber podido engendrar a más hijos, pero, por suerte, su marido lo había tomado como algo divino más que culparla a ella, una actitud de la que Flavia estaba muy agradecida.

Tenía un gran marido. Al principio supuso toda una sorpresa darse cuenta de que Quinto había mentido como un bellaco sobre su fortuna y familia, pero luego había demostrado ser muy trabajador y había conseguido esforzarse para demostrar su madurez y sensatez. Quinto había levantado la hacienda con su esfuerzo —y la ayuda de Paulo— y eso era algo de lo que Flavia podía estar orgullosa. No les faltaba de nada. La mujer recordaba con entusiasmo el día en que llegó Quinto a su villa hacía ya más de veinte años. Había llegado todo empapado y con la bolsa llena. Al parecer estaba de vuelta de haber participado en unos juegos de azar, en los cuales dio la casualidad que había ganado, algo que no ocurría muy a menudo.

Pensando en aquellos tiempos, cuando ella era una hija segundona de una hacienda modesta, cosía alegremente sentada en el jardín de su majestuosa casa de campo. Una hilera de cipreses seguía el contorno del camino hacia la entrada principal, como estaba de moda. Cada poco tiempo levantaba la vista hacia el horizonte, Quinto, su marido, llegaría de un momento a otro de Roma. Hacía casi dos semanas que no le veía, le echaba de menos.

Por fin, una pequeña nube de polvo comenzó a dibujarse a lo lejos. Flavia sonrió con alegría y dejó su costura. Con prisas, llamó a sus sirvientas para que prepararan vino para el recién llegado y una pica para lavarse los pies.

Siempre que Quinto llegaba a casa tras sus viajes hacía lo mismo. Encabritaba su caballo ante la entrada, al final del camino bor-

deado de cipreses. Levantaba al caballo y comenzaba a galopar lo más rápido que le permitía su caballo hacia su esposa para abrazarla con cariño.

Flavia esperaba con ansias ese abrazo, esa muestra de cariño de su marido, al que quería con todas sus fuerzas.

Pero cuando Quinto apareció por la entrada no hizo ningún gesto. Nada. Solo continuó al trote sin modificar su marcha. Enseguida, Flavia se disgustó. No presagiaba nada bueno. Lo primero que pensó era que su marido estaba enfermo, que un dolor físico le impedía realizar su tradicional entrada. Pero podía ser otra cosa, una mala noticia, un disgusto en su viaje, algo muy trascendente. La mujer tragó saliva y descendió los tres peldaños que daban al camino desde la pérgola de la villa.

Las criadas ya estaban preparadas con distintos refrigerios y con un cuenco de agua para lavarle los pies al paterfamilias.

Al llegar a su esposa, Quinto le dio un tímido beso en la mejilla y la abrazó.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó asustada Flavia.

Su marido la miró, desconsolado por dentro, lleno de preocupación.

—¿Dónde está Lucio?

Flavia tragó saliva. «Así que se trata de Lucio», pensó, y simplemente señaló con el dedo hacia el estudio donde, normalmente, impartía clases con Parménides.

Sin beber agua, sin limpiarse los pies ni cambiarse de sandalias, Quinto caminó a grandes zancadas hacia el estudio seguido inmediatamente por su esposa.

Quinto abrió la puerta y descubrió a Parménides en medio de una explicación matemática del teorema de Tales, pero no le dirigió una mirada a pesar del agradable saludo del viejo.

—Bienvenido, amo. Espero que el viaje haya sido provechoso —dijo el viejo filósofo. Pero enseguida se percató de la mirada de cólera y decepción de Quinto y comenzó a recoger las cosas para irse.

Lucio se asustó en extremo al ver llegar a su padre de esa manera, sucio por el polvo del camino y con el ceño fruncido, lleno de enfado. «¿Qué habrá descubierto?», pensó Lucio, todavía sentado, recordando una a una todas sus desobediencias de las últimas semanas.

Varios minutos permaneció Quinto observando a su hijo con desilusión.

—Ven conmigo —dijo finalmente Quinto—. Tú también, Flavia.

Lucio acompañó a su padre al lugar desde donde manejaba los asuntos de la finca. Allí los tres familiares se sentaron, como señaló el padre por signos. Se abrió otro silencio incómodo para todos. Finalmente, la madre intervino:

—Cariño, ¿qué pasa? Me tienes muy preocupada.

Aún mudo, Quinto miró a su alrededor. Al cabo de unos instantes se puso en pie. Dio un paseo por la sala y le dijo a su esposa:

—He pasado la noche en la hacienda de los Claudio.

Los Claudio eran sus vecinos. También tenían una finca, algo menos rentable, pero eran ricos y conocidos de su familia. Lucio ya sabía lo que eso podía significar. Durante meses había visitado esa finca para verse con las bellas esclavas que allí trabajaban. Quinto continuó:

—Me he topado con Aurelio.

Lucio se estremeció, Aurelio era su enemigo más acérrimo. De él se podía esperar cualquier cosa. Tenía dos años más que él y era el segundo hijo de los Claudio, el que verdaderamente llevaba la finca, dada la vejez del padre.

—¿Qué? Dinos, ¿qué te ha dicho Aurelio?

Quinto montó en cólera. De repente, dio un fuerte golpe con el puño a una mesa y la tumbó:

—¡Que te lo diga él! ¡Que te diga qué hacía con las esclavas de los Claudio!

Flavia miró a su hijo, sonrojado de vergüenza. Lucio sabía lo que estaba a punto de destaparse.

—¡Dos, hijo, dos! —gritó Quinto con don dedos en alto.

—¿Dos qué, cariño? —Flavia ya se había levantado y trataba de tranquilizar a su marido, que a cada grito daba una fuerte patada a la mesa, ya derribada. Los papiros que antes habían estado sobre su superficie ahora planeaban por el suelo.

—Padre, yo... —comenzó a decir Lucio, pero no pudo continuar.

—Aurelio tiene a dos esclavas encintas, encintas de este desgraciado al que debo llamar hijo.

—Lucio... —dijo la madre. Pero se cubrió la cara con la mano, palpando para llegar a su butaca, donde se sentó y comenzó a llorar doloridamente.

—¿Es esto lo que haces en mis ausencias? ¿Tirarte a las esclavas del vecino?

El hombre dio otra fuerte patada a la mesa, esta vez rompió una de las patas. Miró de nuevo a su hijo, que no pudo sostener su mirada. Luego añadió, sin gritar:

—Vete. Vete de mi vista ahora mismo. Quédate en tu cuarto hasta nuevo aviso. — Abrió la puerta de la habitación donde se encontraban y dijo a un criado que allí había—: Que vigilen su habitación y que no salga sin mi permiso.

Lucio se tumbó en su cómoda cama y se puso a llorar. Su padre había sido muy duro, pero tenía razón. Él había intentado seducir alguna vez a las jóvenes esclavas de la hacienda de sus padres, pero ellas se negaban, pues conocían las órdenes estrictas de los amos. En la finca de los Claudio, las esclavas no tenían esas órdenes y eran más fáciles. Lo que comenzó con simples juegos sexuales acabó por coitos completos. Y cuando les pilló otra de las esclavas quiso apuntarse también a la orgía no porque Lucio fuese muy atractivo, que lo era, sino más bien por los presentes que este traía cada vez que venía a satisfacer su lujuria con las esclavas del vecino.

Aurelio... él tenía la culpa de todo. Aurelio siempre le había odiado porque Lucio tampoco había hecho nada para impedirselo. Aurelio era algo feote, aunque un as con las finanzas y las tareas de administración.

Él podría haberle encubierto, pero le odiaba demasiado, envidiaba su educación refinada y su atractivo. Lucio era querido por las mujeres, Aurelio siempre adivinaba cuándo Lucio había estado en sus tierras, pues las mujeres estaban más coquetas y murmuraban entre ellas.

Lucio estuvo dos días en su cuarto. Dos largos días sin salir. Le traían las sobras de la comida y algo de agua. También pasaban a recoger el cubo de los excrementos. Pero allí permaneció, reflexionando sobre sus actos, a la espera de algo, de que entrase su padre.

A la mañana del tercer día, un esclavo le comunicó algo:

—Tome un baño, su padre requiere su presencia.

Le trajeron una cuba y jabón, junto con toallas y ropa. En menos de media hora ya se había aseado y por fin salía de la habitación lleno de temores por la reacción de su padre.

Le condujeron al comedor, donde se sorprendió en extremo, y para mal al ver a Aurelio hablando con su padre. Aurelio sonreía triunfal al lado de su padre, que parecía haber envejecido varios años de repente.

—Lucio, siéntate —le ordenó su padre muy serio.

Lucio se sentó cabizbajo. El padre continuó:

—Aurelio, como todos, quiere que el asunto de tus hijos bastardos acabe satisfactoriamente para todos.

—En efecto —dijo Aurelio—, esto debe quedar como una de las tonterías de adolescente de un hijo inmaduro, que es precisamente de lo que se trata.

Quinto estaba muy triste. Apesadumbrado añadió:

—Pero su silencio tiene un precio, un precio alto, Lucio.

Aurelio sonreía. Lucio le miró con suma rabia. Se habían llevado mal desde pequeños, desde que Lucio le empujó al pozo aquel a pesar de ser dos años menor que él. Aurelio lo guardaba rencorosamente en su cerebro, como todas las pequeñas mezquindades que había sufrido de su orgulloso y capaz vecino. Se había reconcomido de celos cuando se enteró que Lucio se pasaba por sus tierras para hacerle el amor a las que estuviesen dispuestas a acostarse con él.

—Piensa que tenemos que acallar bocas —prosiguió su mayor enemigo—. Ejecutar a las esclavas comportará un descontento sustancial entre mis esclavos. Y, claro, no puede ser gratuito.

—Pero...—dijo Lucio— eso es chantaje.

Aurelio se ruborizó.

—¡Calla! —exclamó Quinto— Eres tú quien ha metido a la familia en esto, así que sé maduro y atente a las consecuencias.

Quinto se serenó, miró a los sentados en la mesa y continuó:

—Aurelio nos pide todos los terrenos de la zona norte, incluida la almazara.

Esas eran sus mejores tierras, en las que había invertido la mayoría de los beneficios. Si Aurelio las reclamaba como pago por su silencio, era porque tenía razones para ambicionarlas.

—¿Va a acceder a ello, padre? —preguntó Lucio.

—¿Es que me dejas alternativa, Lucio? —contestó Quinto, sin ganas de ser respondido.

—Debo decir que ha sido un verdadero placer hacer tratos con vosotros —continuó Aurelio—. Espero que no me guardéis rencor, ya que el trato ha sido justo. Imaginen el el revuelo entre mis empleados cuando desaparezcan esas esclavas encintas sin motivo aparente. Además, son las más guapas de mi propiedad.

—Gracias, buen vecino. Confío en su palabra y que nunca nadie conocerá la verdad de todo este desagradable asunto. Venga la semana que viene y arreglaremos los papeles de la propiedad de las tierras.

—Adiós, Quinto.

Mientras una esclava doméstica acompañaba a Aurelio a la puerta, Quinto miraba a su hijo con decepción. Por culpa de su único vástago había perdido más de un tercio de sus tierras y, lo peor de todo, había tenido que ceder ante un chantaje semejante, indigno para cualquier hombre valiente. Pero el honor de la familia era sagrado, y su hijo lo había dejado por los suelos.

Lucio solo miraba al suelo cabizbajo, incapaz de mantener la dura mirada de su padre. Flavia entró al comedor, secando sus lágrimas con un pañuelo blanco.

—¡Debes aprender a ser un hombre! —exclamó el padre.

—Quinto, no seas muy duro con él —trató de defenderle la madre.

—Cómo quieres que no sea duro, acabamos de perder toda la zona norte a manos de ese chantajista de Aurelio Claudio. Estaba esperando una ocasión así para arrebatarnos lo que nos ha costado tanto esfuerzo. Y tú —dijo señalando a su atemorizado hijo— se lo has servido en bandeja de plata. Puede hacer con nosotros lo que le plazca.

—¡Oh, no! ¿Es cierto eso? —pregunto Flavia, que al percibir la respuesta en el silencio se puso a llorar de nuevo.

—¡No va a quedar así! ¡Oh, no, Lucio, no! —exclamó Quinto, rojo de ira—. ¡Te vas de casa! ¡No te mereces vivir con nosotros! Nos has deshonrado grandemente.

—Quinto, no sabes lo que dices, ¿y a dónde irá?

El padre lo había pensado exhaustivamente durante el tiempo que Lucio permanecía en su habitación. Y la reciente conversación con su avaricioso vecino había reafirmado su decisión.

—Te vas a Hispania. Flavia, tu primo Graco está allí de pretor, sucedió a Quinto Fulvio Flaco hace unos meses. Ya he enviado cartas a Roma, te vas a alistar. Él siempre ha dicho que la mejor forma de enderezar a un rebelde es sirviendo en las legiones de Roma. Pues bien, está claro que tú, jovencito, necesitas que te enderecen. Yo ya he hecho lo que he podido. Que la guerra te convierta en lo que yo he fracasado, en un hombre.

Flavia se asustó mucho más que su hijo y dijo desconsolada:

—Pero, Quinto... en Hispania... podría morir.

—Quizás así honre más a su familia y a sus antepasados que estando aquí, tirándose a todo lo que se le pone por delante mientras yo estoy de negocios.

Dardania, oeste de Tracia

Monuni lideraba desde hacía cuatro años a los dárdanos, cuando su padre había muerto en batalla. Habían sido años muy duros no por las mínimas cosechas, ni la plaga, eso, al fin y al cabo, eran eventos normales, lo que había caracterizado el malestar de los dárdanos había sido el avance de los celtas por el centro de la península balcánica. Eran demasiados y tenían mucha hambre. Las cosechas de Centroeuropa también habían sido pésimas la última década, y este pueblo, antes pacífico, migraba hacia el sur con ansias de asentarse en territorio desde siglos dárdano.

Monuni ya no sabía qué hacer. A pesar de conocer el terreno, sus hombres no estaban tan bien armados ni luchaban con tanta ferocidad como los celtas. Tras las primeras derrotas, pensando que la guerra era un pretexto para el pillaje y el botín —como si hubiese mucho en Dardania—, el padre de Monuni había enviado emisarios a los celtas, pero estos no solo no entendían su lengua, sumamente complicada, sino que los devolvían degollados o a trozos. Eran guerreros muy sanguinarios.

Lo que Monuni daba vueltas en su cabeza ya no era la posibilidad de emigrar, sino a dónde emigrar. Estaba claro que esos celtas de informaciones imprecisas y de lengua desconocida no se iban a rendir nunca, pues no buscaban botín ni un tributo, sino encontrar un lugar mejor que su tierra originaria.

¡Vaya un momento le había tocado liderar a Monuni!

Durante mucho tiempo había intentado llegar a un acuerdo, estaría dispuesto a ceder parte de su territorio por detener esa invasión, aunque tan solo fuese unos meses. Pero esos celtas lo daban todo por avanzar. A veces, incluso Monuni se compadecía de ellos, pues solo un pueblo extremadamente hambriento sería tan despiadado y terrible.

—Majestad, un mensajero llega con noticias desde el norte.

Monuni asintió con la cabeza, muy apesadumbrado. No recordaba la última vez que trajeron buenas noticias desde el norte. El mensajero entró en la cabaña de arcilla y techo de paja donde estaba su líder, se arrodilló y habló:

—Señor, los celtas parece que han detenido su avance ante el Danubio. Están construyendo una ciudad en las antiguas ruinas de Olescus.

Monuni no sonrió, esos celtas no se detendrían tan fácilmente, aunque un brillo de esperanza iluminó sus ojos.

—Bien, bien. Espero que esto, al menos, nos dé algo de tiempo. Puedes retirarte.

Nunca el desgraciado estado de los dárdanos se había visto tan débil. Las arcas estaban vacías, todas las monedas de bronce que acuñaban en la capital desaparecían ante comerciantes romanos y griegos a los que compraban armas, caballos y grano. Las minas no daban de sí y la población estaba cada vez más agitada. La guerra llevaba a los varones a la muerte y hacía que subiesen los impuestos. Monuni vanagloriaba los tiempos de su padre. Él se había criado en un lugar agradable, las misiones de pillaje a algunas polis griegas e ilirias habían dado beneficios al Estado poco civilizado de los dárdanos. De hecho, la última gran derrota había sido contra Alejandro Magno en tiempos inmemoriales. Desde la muerte del gran conquistador, los dárdanos habían aumentado su poder y riquezas durante generaciones enviando tan solo algunas misiones de desvalijamiento a ciudades helenísticas. Desde hacía tiempo, desde la invasión de los celtas, no había ingresos y la guerra ocupaba la mayor parte de las preocupaciones —y las cuentas— de los dárdanos y de Monuni, su líder.

De manera rutinaria, convocó el consejo de las tribus, donde estaban representadas las treinta familias más poderosas de entre el pueblo dárdano. Estaba muy orgulloso de ellos. Avaros en tiempos de bonanza, se habían convertido en grandes aliados en tiempos de guerra. Por suerte, sabían cuándo sus fortunas acumuladas durante décadas habían sido necesarias, y cuando llegó el momento,

postraron su oro y sus recursos para la supervivencia del Estado. Estaban todos arruinados, pero compartían las derrotas como hermanos y no se echaban las culpas los unos a los otros. En otros tiempos quizá habían sido muy rencillosos, pero en la actualidad estaban siendo de lo más generosos, sintiendo una noble empatía por el pueblo y por los valientes dárdanos que morían defendiendo sus familias ante la invasión.

Este de Capua, República romana

Lucio tenía vagos recuerdos de su tío Tiberio Sempronio Graco, pero todos agradables. Era un hombre de acción, un soldado. No en vano le habían dado el mando de la conquista de Hispania. Era un buen hombre, muy cínico y muy divertido, pero un soldado, no un patricio. Nada le quedaba del porte y la distinción con la que se había educado. Las guerras habían acabado con sus modales.

Según lo que tenía entendido que le contaba Parménides y su padre, había un pueblo bárbaro, los celtíberos, que se resistían violentamente al dominio de Roma en la península ibérica.

«Hispania —pensaba Lucio—, el peor lugar del Mediterráneo. Repleto de bárbaros sin piedad, de enfermedades, de calumnias. En Hispania es donde se pierden ejércitos enteros. Esos celtíberos son imposibles de controlar, salvajes».

Pero por otra parte, esos últimos días, con la situación en casa como estaba, Lucio prefería irse lejos y tratar de que el tiempo arreglase ese entuerto.

Recordó también a esas bellas esclavas. Fabiola, seis años mayor que él. Qué guapa era. Habían estado manteniendo relaciones sexuales durante ese mes que su padre fue a Sicilia a unos asuntos comerciales. Fabiola era de familia gala, pero había nacido bajo el dominio romano y había adoptado ese nombre. Se trataba de una exuberante morena, grande en tamaño, similar al de Lucio. Lucio

había aprendido las bases del sexo con ella, que jugaba con el patricio como si se tratase de una marioneta. Brena era mucho más joven, menor que Lucio en edad y tamaño. Ella era celta completamente, pelirroja y con pecas extendidas por la cara. ¿Qué sería de ellas? Las venderían y acabarían en lupanares miserables.

Las dos encintas. ¿Cómo era posible que Aurelio se hubiese enterado? Maldecía su suerte y a las dos mujeres que le iban a llevar a la ruina y quizás a la muerte en Hispania.

Pero ya estaba hecho. El daño se hizo palpable cuando Quinto tuvo que traspasar las tierras del norte a propiedad de los Claudio. Tantos años de inversiones en trabajo y dinero ahora a manos de Aurelio. Había sabido usar sus cartas, había sabido esgrimir la oportunidad.

Le pidió a Parménides que le explicase todo lo que supiese sobre Hispania y esos celtíberos contra los que las legiones de Roma habían luchado tanto. Le dijo que estaba dividido en dos provincias, la Hispania Citerior, con capital en Tarraco, y la Hispania Ulterior, con capital en Corduba.

Manlio Acidino² estaba luchando contra los pueblos celtíberos, esa era la última noticia que el erudito griego tenía sobre las lejanas tierras. Tras la retirada de los cartagineses, la República romana se abría paso por la península ibérica como por el resto del mediterráneo. Le explicó que los soldados de Celtiberia eran excelentes jinetes e infantes, desconocen el miedo y son famosos por su capacidad de sufrir todo tipo de horrores. Primero atacan a caballo, y, si fallaban, desmontaban y atacaban a pie. Le explicó todas las crueldades que cometían contra enemigos y criminales. Su indumentaria era poco común y muy bárbara, pues vestían con capas negras de lana e iban armados con escudos ligeros, como los de los celtas, o con escudos grandes y pesados como los de los hoplitas³ griegos. Lucen cascos de bronce con rojas cimeras. Además,

2 Nombre completo: Lucio Manlio Acidino. Para evitar confusiones, le llamaremos solo Manlio Acidino.

3 Hoplita: soldado de infantería de estilo griego.

corrían rumores de una forma secreta de fabricar sus armas, de modo que se volvían muchísimo más eficaces. Un panorama muy temerario ante las civilizadas legiones romanas.

Imaginándose aquellos bárbaros terroríficos, buscando toda la información que podía sobre ellos, exprimiendo los conocimientos de Parménides, fue pasando el tiempo.

Las siguientes semanas pasaron muy lentamente. Su padre no le dirigía la palabra, no comían juntos al principio. Pero poco a poco las cosas se normalizaron e incluso comenzaron a hablar de vez en cuando. No como antaño, pero mantenían conversaciones cada vez más amenas. Comenzó a parecer que todo el asunto iba cayendo en el olvido.

Lucio ya pensaba que su padre había olvidado su promesa cuando, durante una cena, estando los tres familiares juntos, anunció:

—Quinto Fulvio Flaco ha vuelto de las guerras y está en plena campaña para convertirse en cónsul. Le he ofrecido nuestro apoyo y una donación a cambio de un puesto para ti en la guerra de Hispania. En dos semanas zarpa tu barco desde Ostia. Espero que estés preparado. En Tarraco recibirás el adiestramiento militar adecuado y cuando Graco crea que estás preparado, te mandará con él a combatir las tribus celtíberas del centro de la península.

Flavia no dijo nada, ya había hablado con Quinto, habían decidido que eso era lo mejor para el joven rebelde.

—En dos días partiremos hacia Roma, donde te compraremos todo lo que haga falta para el viaje. Ve pensando en lo que vas a necesitar.

Entristecido, Lucio dijo:

—¿Cuándo podré volver?

—Volverás —respondió serio, pero sereno el padre— cuando Graco crea que eres un hombre maduro y capaz de asumir sus propias responsabilidades.

Tiberio Sempronio Graco era en realidad primo de su madre, pero siempre le había llamado tío. Era un hombre muy carismático y muy cínico, esperaba que fuese un buen protector y le tratase

bien, de él dependía su bienestar durante su estancia en Hispania. Lucio trató de recordarle y descubrió que siempre le había sonreído y tratado con cariño, aunque solo le había visto seis o siete veces en su vida.

Al cabo de dos días partieron para Roma. La despedida fue muy triste, más que nada porque sabía que su buena vida estaba a punto de acabar. Parménides se emocionó al ver al joven partiendo hacia la guerra, su madre lloraba. Pero Quinto permanecía firme con su decisión. Un hijo rebelde requiere la disciplina de la legión. Y nada mejor que una temporada en las provincias para enderezar al joven patricio. Su habitación, la sala donde había compartido innumerables horas con su mentor griego. El patio donde aprendió a caminar, las llanuras donde aprendió a cabalgar. Miró a lo lejos, hacia el camino que conducía a la finca de los Claudio. Tantas noches de caminata con las curvas de Fabiola y las pecas de Brena en su mente, excitado por el simple hecho de pasar la noche con ellas. El camino que recorría cuando su padre estaba ausente y no podía controlar sus movimientos. Dejaba esa hacienda, con su patio interior, sus fuentes, sus criados, esclavos que hacían de su vida el *súmmum* del bienestar. ¿Qué le depararía ahora el futuro? ¿Qué le esperaba en Hispania? La dura vida de un legionario, el acecho de los terribles celtíberos.

Cogieron la Vía Apia a la altura de Sinuessa, esa calzada construida hacía décadas les dirigía directamente a Roma desde sus tierras. Por el camino hacia la capital, el cual duró tres días, Lucio solo hacía cabalgar cabizbajo, reconociendo su error y culpándose a sí mismo de su desdicha.

Una vez en la capital de la República, la preocupación dio paso a la ocupación, y el sinfín de visitas y recepciones mantuvieron ocupado a Lucio y a su padre durante los días siguientes. Allí conoció muchísimas personas y dignatarios con tantos nombres y apellidos que era imposible recordarlos todos y vincularlos a una cara concreta.

—Te llevarás a un esclavo. Lo compraremos mañana en el mismo lugar donde me vendieron a Parménides.

La familia de Lucio, como la mayoría de terratenientes aristócratas, tenía una casa en la capital. Para Lucio era pequeña, pues estaba acostumbrado a la gran villa que la familia poseía en el campo de Capua, pero en realidad era muy espaciosa para el centro de Roma. Estaba justo detrás del Templo de Magna Mater, la grandiosa asiática, la casa daba a la Clivus Victoriae. De allí se encaminaron hacia el suroeste, hacia el templo de Janus; era bonito, pero pequeño. Cincuenta metros antes de llegar giraron a la izquierda por la Vicus Tuscus y al poco llegaron ante el Circo Máximo. Era un lugar impresionante, Lucio se asombraba de la grandiosidad de la ingeniería romana, y eso que las gradas eran de madera pintada. En cierto punto ante el circo, Quinto se detuvo y se introdujo en un local donde saludó amablemente al dueño. Seguramente, ya se conocían.

El dueño del local se apresuró a mostrar ante ellos a cinco esclavos de diferente índole, todos completamente desnudos, lo habitual. Había un negro. Lucio se sorprendió, nunca había visto a uno tan de cerca, instintivamente le dio miedo, pues era muy grande y musculoso. Pensó que en caso de que se rebotase, él no tendría ninguna posibilidad.

—Todos tienen una salud estupenda —decía el vendedor—. Sois clientes habituales y en esta casa os tenemos en alta estima. —Y mirando a una sirvienta dijo—: Un refrigerio para nuestros huéspedes.

Mientras la sirvienta traía lo demandado, el vendedor continuó y señalando al africano, dijo: —Tenemos a Buba, nubio capturado en las guerras contra Cartago. Es fuerte y valiente.

Pero Lucio negó con la cabeza. Quinto estuvo instintivamente de acuerdo. No por racismo, sino porque ese ejemplar era muy intimidante.

—Luego tenemos a dos griegos, Diácono y Filonkinos. Traído el primero de las guerras macedónicas por los ejércitos de Tito Quincio Flaminio. Diácono es nuestro ejemplar más caro. Pero sabe de cartografía, filosofía e historia. Filonkinos fue capturado

en el asedio a Esparta⁴ cuando tenía 12 años, ahora ya tiene 26 años. Es un buen guerrero, leal. Además, sabe leer y escribir.

—¿Qué te parece ese? —preguntó el padre sin mucho entusiasmo.

Lucio tan solo mostró una mueca de desaprobación.

—¿Y un gallo? —preguntó el propietario mientras señalaba al siguiente esclavo con una sonrisa.

—¿Y no tienes hispanos? —sugirió Quinto.

—¿Hispanos? Haberme dicho que buscabais de Hispania. ¡Claro que tengo!

Los esclavos permanecieron en silencio en la sala mientras el dueño iba a la trastienda. Volvió con dos ejemplares debidamente atados. Uno de ellos era una mujer. Lucio no pudo evitar emocionarse ante la idea de llevarse como esclava a una mujer, pero seguramente su padre no se lo permitiría. Como iba desnuda, Lucio pudo ver sus curvas con deseo. Parecía muy joven, como si todavía se estuviese formando.

—¿Es lo único hispano que tienes? —preguntó Quinto, muy poco convencido.

Asintiendo, el mercader aseguró—: Pero es de lo mejor. Este es Mendibil, guerrero de los ilergetes. Fue capturado hace apenas unos años en Hispania Citerior. Conoce el terreno. Y es muy barato, pues tras insultar a un romano, fue castigado y le cortaron la lengua.

Con una sonrisa, Quinto le dijo a su hijo:

—Mira que bien, así no se puede quejar.

Lucio tan solo sonrió un poco. Quinto continuó:

—¿Y la chica esta?

—¡Oh! Eulalia —dijo el esclavista apartando los cabellos de la joven y dejando ver su cara.

—No tiene nombre hispano —dijo el padre de Lucio, muy serio.

—Es que es griega, de Emporion. Su familia empobreció y la

4 El asedio a Esparta fue una batalla de la Guerra contra Nabis (guerra romano-espartana), llevado a cabo por las legiones de Tito Quincinio Flaminio en el año 195 a. C.

chica tuvo que ser vendida para pailar las deudas. Tiene quince años, pero ha sido muy bien educada. Habla griego, latín e ibérico. Además, sabe de números.

Quinto la miró con otros ojos y ordenó al hombre hispano:

—Abre la boca.

El hispano abrió la boca y, aparte de un tufillo horrible, Quinto pudo apreciar las numerosas caries y mal estado de su dentadura. Con cara de reproche preguntó:

—¿Cuánto por este?

—Para un amigo, tres mil denarios.

Quinto reflexionó y añadió:

—Es demasiado. ¿Ha visto su boca?

—Pero fíjese en esos músculos. ¿No va su hijo a Hispania? Necesitará alguien que le pueda llevar los bultos y conozca la región.

—Para el bagaje, mi hijo ya cuenta con un caballo. Necesitamos a alguien eficiente en esa provincia remota.

—Pues llévese a la chica, se la dejo por dos mil quinientos.

Quinto se rascó el mentón. Enviar a una mujer con su hijo después de lo que había pasado quizás no era buena idea, pero, en realidad, esa joven era lo que le iría mejor a Lucio. Griego, latín e incluso íbero. Podría serle muy útil en las provincias.

—Chica, abre la boca.

La muchacha abrió la boca tal como se le pedía. Quinto pudo ver sus dientes blancos. Parecía sana. Pero era menuda y se la veía miedosa.

—¿Tú qué opinas, Lucio? —le preguntó su padre.

Lucio no se lo podía creer, le iban a adquirir a una mujer.

—Yo creo —dijo Lucio, queriendo ser diplomático— que el hispano no está mal, aunque es caro y no se le ve muy sano. Quizás la chica podría ser buena opción. Siempre puedo venderla allí y adquirir algo más acorde con mis necesidades.

Eulalia miraba la escena con mucho miedo. ¿Qué le depararía un amo como ese? Quería ser valiente, demostrar algo de orgullo a pesar de su condición.

—¿Dos mil quinientos, dices?

El mercader asintió y añadió:

—Además, la hemos mantenido virgen por si...

—Eso es lo de menos. Sus idiomas, su origen y su condición son lo que nos interesa. ¡Parece mentira que me hagas este comentario! —se enfureció Quinto.

—Tan solo era una información —trató de disculparse el mercader.

Pero Quinto ya se iba de la tienda algo ofendido.

—Se la dejo a dos mil trescientos y un barril de su aceite —añadió antes de que Quinto saliera.

El paterfamilias de los Cornelio Escipión se giró y anunció:

—Acepto. Pero quiero con ella dos paénulas⁵ limpias.

El mercader sonrió y asintió.

—¿Cuándo zarpa su hijo? Podemos tenerla preparada en el muelle para su viaje.

—No —respondió rotundamente el padre—, me gustaría comprobar mi mercancía antes de enviarla con mi hijo. Así que me la envía mañana por la mañana.

—Como desee.

Esa noche la pasaron cenando con un familiar lejano, Publio Cornelio Escipión Nasica, que estaba de paso en Roma, vivía en la Vía Sacra, donde el Senado le había cedido una casa para que pudiera ser consultado con facilidad. Desde hacía dos años que trataba de establecer una colonia en Aquilea, cerca de Adria, en el norte de la península itálica, junto al mar. Hablaron de muchas cosas, pero sobre todo del declive político de Publio Cornelio Escipión Nasica, que había sido de los hombres más importantes de Roma e incluso cónsul hacía diez años. Contó sus batallas contra los boios, tribus galas del norte de Italia, precisamente del mismo lugar donde el Senado le había ordenado establecer la colonia.

Al día siguiente por la mañana se presentó Eulalia ante la casa

⁵ Paénula: manto con una obertura, similar al poncho, podía llevar capucha. Era la vestimenta de los pobres en la Roma republicana.

de los Cornelio Escipión. Una de las esclavas que allí servían la hizo pasar. Cuando Lucio se despertó la encontró sentada, temerosa, como esperando a que pasara algo.

—Hola. ¿Cómo te llamabas? —preguntó Lucio.

La chica le miró con mucho miedo y respondió:

—Eulalia.

—Es verdad, no me acordaba —dijo Lucio sonriente. Al verla tan asustada, continuó:

—¿Sabes a dónde embarcamos mañana, Eulalia?

Ella asintió y Lucio continuó:

—¿Y no tienes ganas de volver a tu tierra?

En ese momento apareció Quinto bastante serio.

—Eulalia, ven aquí. Quiero hablar en privado contigo.

Lucio vio cómo su padre se llevaba a Eulalia.

Cuando Quinto y Eulalia estuvieron solos, Quinto habló y en griego, para comprobar los conocimientos de su adquisición:

—Eulalia, mi hijo va a Hispania a servir en las legiones en la guerra contra los celtíberos, tú partirás con él. Tiene mala fama con las mujeres esclavas, por eso estar contigo y tener poder sobre ti será parte de su castigo y su forma de aprender. Por eso tu misión como mi esclava, no de Lucio, sino mía, consiste en vigilarle. Le obedecerás en todo lo que te pida, pero que no se acerque a ti en cuestiones carnales. Si eso pasara, si mi hijo te forzase, tan solo tendrás que mostrar esta carta ante cualquier autoridad militar. Seguidamente serás devuelta a Italia y nos servirás a nosotros en Capua.

La muchacha estaba muy sorprendida. Parecía que no iba a tener tanta mala suerte con esos amos.

—¿Lo has entendido? —preguntó Quinto.

—Sí, amo —respondió en griego.

—Muy bien. Si realizas bien tu cometido, consideraré otorgarte tu libertad a la vuelta de Lucio de las guerras. Debes cuidarle, hacerle de comer, limpiar su armadura, cuidar al caballo, mantener su entorno limpio, en fin, todo esto. Lucio siempre ha vivido en casa

y puede ser un desastre que olvidase el orden que siempre le ha rodeado. ¿Sabes coser?

—Sí, amo —contestó ella, impresionada por sus órdenes.

—Pues cose, quiero verte coser.

—No tengo material de costura aquí, amo.

—¿Con qué utensilios coses normalmente?

Y así hablaron de temas triviales simplemente para evaluar el nivel de griego. Era muy bueno, nativo. Esa mujer había sido una gran adquisición, pensaba Quinto contento.

—Que venga Lucio —ordenó a uno de sus criados.

Su hijo se presentó ante él con rapidez.

—Sí, padre.

Allí estaba también Eulalia, ahora cosiendo un remiendo en una túnica.

—He estado hablando con Eulalia —dijo solemnemente el paterfamilias— y ya sabe de lo tuyo con jóvenes esclavas. Lucio, ni se te ocurra tocar a esta joven. Si la tocas y yo me entero, te quedarás sin esclava y deberás cocinarte y cuidarte tú solo hasta que acabe la campaña, ¿entendido? Así que aprende a ser un romano, un patricio y a ser digno de tu apellido o te olvidaremos en Hispania y no volverás jamás. He perdido muchas tierras por tu culpa, no pienso perder ni un sestercio más. Eulalia lo sabe y ahora tú estás enterado.

Lucio miró a Eulalia, que, en su costura, había levantado la cabeza hacia el joven Lucio. Quinto seguía hablando:

—Sabe cocinar, coser y mantendrá tu entorno ordenado. Cuídala bien, aliméntala bien, pues es tu única esclava. Si se te muere, se te escapa o la tratas como a esas zorras de la finca de los Claudio, la perderás y estarás tú solo ante las hordas de hispanos. Si quieres sexo, saquea ciudades íberas y haz lo que te plazca con tu botín, pero que no se te ocurra mancillar a una esclava de mi propiedad. Espero que así aprendas a cuidar lo que es tuyo.

Lucio la miró, el saber que era inaccesible la hacía mucho más bella a sus ojos. Tenía el pelo entre castaño y rubio, la piel algo morena, era menuda, de un metro sesenta, unos doce centímetros

menos que él. Sus ojos eran grandes y marrones. Eulalia, la esclava que no podía tocar. Pero enseguida pensó en el montón de esclavas hispanas que tendría delante, ya podría sofocar su lujuria con ellas a pesar de tener que convivir con Eulalia.

—Hijo, ha llegado tu armadura. Por poco debes zarpar sin ella, pues se han retrasado en extremo. He pensado que no te llevarás el caballo de aquí, allí tienen buenos jamelgos. He mandado instrucciones para que Graco te ceda uno. Según su carta, tiene ganas de que vayas, dice que te convertirá en un hombre y que hacía tiempo que debías haber ido. Quizás tenga razón.

Lucio se imaginó a Graco con su armadura, encima de un caballo, dándole órdenes absurdas y duras como: «¡Limpia la mierda de los caballos!» o como «¡Monta la tienda de campaña otra vez, eso parece una mierda!».

La imagen de su tío (primo de su hermana) que tenía en la mente se transformaba a medida que se acercaba la hora de zarpar; ya no era la idea de familiar agradable que mantenía de la infancia, sino la de un militar enfadado y estricto al que solo le interesan los temas de campaña y anda siempre cabreado.

Al día siguiente, muy temprano, fueron a Ostia en carros. Tardaron algo más que una hora. Al llegar allí, Lucio pudo ver el fabuloso trirreme que les iba llevar a Tarraco.

—Bueno, hijo. Aquí nos separamos. Sé valiente, digno de nuestro apellido. Creo que tu madre y yo te hemos mimado demasiado. Demuestra lo que vales y volverás a casa con todos los honores.

Padre e hijo se abrazaron. Los cocheros que les habían traído en carroza hasta Ostia cargaron todos los baúles de Lucio en el trirreme. Lucio miró la rampa por donde debía subir a cubierta, Eulalia ya subía con un saco auestas. Lucio se giró para mirar a su padre, allí estaba con cara de preocupación pero decidida.

«Ánimo, Lucio, sabes que lo hago por tu bien», pensó Quinto.

Paso a paso subió por la rampa hasta llegar a cubierta. El barco zarpó al poco tiempo y Lucio se quedó mirando a su padre hasta que el puerto se perdió de vista. Caminó hacia proa y se encontró

con Eulalia, que miraba el horizonte ansiosa de volver a pisar su tierra.

—Eulalia —dijo Lucio cálidamente—, hágame de Hispania.

